

Los libros en Europa

Cuatro visiones de la historia universal, José Ferrater Mora. Alianza, Madrid, 2006, 139 pp.

Sólo alguien que sabe muy bien lo que dice, puede decirlo con brevedad y concisión. Es lo que ocurre con el presente y rápido viaje entre estas cuatro visiones de la historia –más que filosofías de ella–: San Agustín, Vico, Voltaire y Hegel. Desde la sugestión religiosa –sólo en un contexto cristiano heredado, parcialmente, del hebraísmo, se dan concepciones de la historia– Ferrater llega a la historia como ensoñación de futuro, como tierra de promisión, donde la condición humana se cumple y puede mejorarse, redimiéndose de sus males, que sólo la historia puede poner en escena. Si para el pagano, sea platónico o estoico, la historia es innecesaria, para el judío y el cristiano, es insoslayable.

De ahí las preguntas: ¿hay un plan, un destino, unas leyes, una razón en la historia? San Agustín concibe la historia como teológica, una teodicea donde Dios, el Creador, se justifica y

establece su justicia. Para Vico, es la ciencia de lo concreto, o sea de lo espiritual, un devenir incesante y agónico, existencialista antes de tiempo. Voltaire intenta atisbar el espíritu que yace bajo las apariencias documentales de la historia, organizando una cruzada contra el mal, el infortunio y la desdicha, con el resto de los hombres de buena voluntad, portadores de la razón histórica. Hegel, por fin, propone una teología en la cual no hay un Dios creador sino una Idea que se crea a sí misma extraviándose en la alienación de la naturaleza y abriendo caminos para su liberación, es decir para la construcción de su esencia. La Idea es errónea y contradictoria, al revés que Dios, y en esa capacidad de contradecirse consigue que la historia sea un proceso.

Terminado el periplo, la inteligente composición de Ferrater deja establecida la gran pregunta acerca de si hay o no verdades en la historia, acaso si es el lugar de la Verdad, de la que, por estar en el tiempo, conocemos su derrote-ro pero no su fórmula.

Xavier Zubiri. La soledad sonora, *Jordi Corominas y Joan Albert Vincent. Taurus, Madrid, 2006, 917 pp.*

El buen biógrafo ha de hacerse cargo de las contradicciones de su biografiado, eso que suele llamarse la psicología del personaje. Los autores lo han conseguido, en buena medida por el orden que han puesto en una cuantiosa documentación personal e intelectual que, en cierto modo, es también una historia cultural de la España contemporánea.

Zubiri era vasco y cosmopolita, poliglota, cura a desgana, católico siempre mal con la Iglesia, laico por vocación, orteguiano y heideggeriano, monoteísta y agónico, matrimonial y erótico, casto y sensual. Si su invención filosófica fue modesta, en cambio, su capacidad magisterial y su incansable tarea de estudioso —hasta podría decirse: de estudiante— lo situaron en el cruce de los caminos filosóficos del siglo XX. Para la España de la posguerra, algo inevitable, con el ambiguo valor de lo inevitable. Lo mismo cabe entender en cuanto a su encuadre político. Católico por fe y liberal por formación, casado con una hija de Américo Castro, apoyó a la República y mantuvo su cercanía hasta comenzada la guerra civil, para luego convivir con el régimen, que no se ahorraba

enviar policías a sus clases, lamentablemente desprevenidos en cuanto a eso de la filosofía.

Momentos, personas, libros, ideas, fórmulas, todo desfila por estas páginas que, si bien exigen del lector la paciencia de la prolijidad informativa, nunca pierden su calidad de relato, el de una vida que es, a su manera, todas las vidas de su lugar y su tiempo.

París, 1919. Seis meses que cambiaron el mundo, *Margaret Mac Millan. Traducción de Jordi Beltrán Ferrer. Tusquets, Barcelona, 2006, 696 pp.*

La conferencia de Paz citada en París y rematada en Versalles en 1919 dio, aparentemente, por liquidada la primera guerra mundial. Varias voces autorizadas ya dijeron entonces que aquello no era la paz sino la tregua, que Alemania había perdido la guerra y Francia, la paz, que había de prepararse otro conflicto porque, paradójicamente, se había firmado la paz. Mac Millan, sin introducir demasiadas novedades en su relato, repasa algunas tesis tópicas al respecto.

Los hombres que trataron el armisticio del lado vencedor —Wilson, Lloyd George y Clemenceau— eran políticos del siglo

XIX, habituados a resolver sus cuestiones en un despacho y a trazar los mapas del mundo en un gabinete geográfico. No se llevaban bien entre sí y pretendieron un gobierno mundial, la Sociedad de las Naciones, sin renunciar a intereses nacionales e imperiales. De tal sociedad los Estados Unidos nunca formaron parte.

Otro tópico revisado por Mac Millan es que las consecuencias del tratado humillaron a los alemanes y propiciaron el nazismo. Ni Alemania quedó tan aplastada, ni debió cumplir con las obligaciones impuestas desde el enemigo, ni había sido claramente derrotada en la contienda. La historiadora no condena las imprevisiones, los errores ni las exageraciones de los Aliados, aunque sí la política económica derivada de Versalles, ya denostada en su tiempo por Keynes. Aquéllos no pudieron hacer nada mejor aunque lo soñaran y predicaran.

El relato es documentado, ameno y horripilante. Personajes y ambientes están descritos con vivacidad de buen novelista y mejor psicólogo. El horror proviene de ver a una dorada civilización entregada a la barbarie tecnológica y advertir que buena parte de las improvisaciones de Versalles –Oriente próximo, en primer lugar, los Balcanes– continúan provocando conflictos que

no ofrecen perspectivas de solución.

Crónicas berlinesas, Joseph Roth. Edición, notas y posfacio de Michael Bienert. Traducción de Juan de Sola Llovet. Minúscula, Barcelona, 2006, 290 pp.

Entre 1920 y 1933, Roth escribió en diversos periódicos estos apuntes «del natural» sobre la vida cotidiana en Berlín. Bienert los ha recogido y editado con una serie de notas muy útiles que informan de aspectos epocales normalmente desconocidos por el lector de hoy, además de referencias biográficas que permiten ubicar los textos en la circunstancia personal del escritor.

Las prosas son ocasionales y están hechas por un garbeador, paseante o *flâneur* que observa a gentes y objetos, lugares y eventos del término medio impersonal en una gran ciudad. Así nos metemos en cafés, literarios o burgueses, casas de baños turcos, aceras con prostitutas, comedores de indigentes, oficinas de correos, grandes almacenes, vagones de metro suburbano, ferias, cines, teatros, el museo de Walter Rathenau (político conservador asesinado por los nazis) y suma y sigue. Los pequeños detalles, las refe-

rencias sensibles, la atracción del novelista por el ciudadano anónimo e intercambiable, lucen con la opaca medianía que ilumina a esta capital secretamente derrotada y en plena crisis de los años locos.

No estamos ante una obra mayor de Roth, ni tan siquiera ante una obra, pero sí ante una realidad textual que nos conduce, con melancólica y depresiva vivacidad, al pasado que, ostensiblemente, se reconoce como su propio presente.

Historia del matrimonio. Cómo el amor conquistó el matrimonio, *Stephanie Coontz. Traducción de Alcira Bixio. Gedisa, Barcelona, 2006, 535 pp.*

Pocas instituciones parecen más universales que el matrimonio. La autora sólo registra una excepción: los na de la China no contaron con él como manera esencial de organizar la vida social y personal de los sujetos. Por otra parte, sigue sosteniendo, no hay nada en el reino animal que se le parezca, de modo que se trata de uno de los incontables elementos que definen lo específico humano.

Coontz hace una rápida historia universal del matrimonio, valiéndose de documentos

varios, sin excluir mito y poesía, desde los casamientos colectivos, la poliandría, la poligamia, la unión heterosexual u homosexual, el vínculo entre vivos y hasta con espíritus de los difuntos. Pero se concentra en el siglo XX y lo que denomina revolución matrimonial «de tan largo alcance, tan desquiciada y tan irreversible como la revolución industrial». La incorporación de la mujer al mercado laboral, la libertad de elección, la normalización del divorcio, la legalización de parejas de gays y lesbianas, concurren a configurar un nuevo concepto del matrimonio, ajeno a toda institución. Curiosamente, al diversificarse, pierde un atributo esencialmente social, a cambio de abrir su futuro a la creadora incertidumbre que caracteriza todo porvenir.

La autora se documenta sin agobiar al lector y prefiere siempre la narración a la teoría, reflexionando sobre la marcha y mostrando a los individuos como encarnaciones de tipologías sociales. El tema es antiguo pero renovable, de manera que se convierte siempre en moderno por gracia, justamente, de su persistencia en la historia. Vivo entre los animales humanos, exige ser redefinido de continuo, ser lo mismo y lo otro.

El subdesarrollo social de España. Causas y consecuencias, *Vicenç Navarro. Anagrama, Barcelona, 2006, 307 pp.*

Dos partes componen este libro. La primera está destinada a analizar las deficiencias del desarrollo español en relación con los países de la Unión Europea: sanidad, educación, pensiones, atención social a la familia, accidentes laborales, inmigración, renta básica. La segunda se ocupa de la naturaleza del régimen franquista, la manipulación del pasado, la actual derecha conservadora y el nacionalismo conservador. Como síntesis, un tratamiento de la desigualdad social a nivel mundial y los efectos del dominante neoliberalismo, lleva a Navarro hacia el campo de las alternativas.

La posición del autor es clara: hace falta una izquierda con una nítida consciencia de clase y un partido que reproduzca la inquie-

tud del Partido Demócrata norteamericano que mira hacia la Europa social, partido a cuyo servicio estuvo Navarro mientras trabajaba en una universidad norteamericana. En especial, se dirige a los lectores de los medios masivos, a los que ve como víctimas de un poder manejador y, en última instancia, opresivo. El objetivo de toda política de izquierdas es acortar distancias entre España y la media de la UE.

Todas las posiciones de Navarro son polémicas, menos con la derecha que con la propia izquierda con posibilidades de gobernar, o sea el PSOE. La insistencia en el clasismo y en el carácter fascista de la dictadura señalan un lugar, acaso sin respuesta en la sociedad de hoy pero que diseña el deber ser de la sociedad misma, emitido desde la sede privilegiada del intelectual progresista.

B.M.